

Arthur Koestler, reo de muerte en Sevilla

Condenado a muerte por Queipo de Llano, Arthur Koestler escribió en una cárcel de Sevilla su *Spanish Testament* (1937), extraordinario testimonio de un intelectual que muy pocos años después se convertiría en uno de los más firmes impugnadores del comunismo

POR FERNANDO IWASAKI

A diferencia de otros «apócrifos sevillanos» que fueron amantes de la fiesta brava, abducidos por el flamenco o enamorados de la Semana Santa, el escritor Arthur Koestler (1905-1983) pasó tres infinitos meses de 1936 en una celda de la cárcel sevillana de Ranilla, condenado a muerte por Queipo de Llano. Su testimonio, por lo tanto, no convoca el olor del incienso de los pasos, ni las juergas en la alta noche trianera, ni una tarde soleada en la Maestranza. Sin embargo, el nombre de nuestra ciudad siempre estuvo grabado a fuego en su memoria y su estancia sevillana alumbró su primer libro: *Spanish Testament* (Londres, 1937).

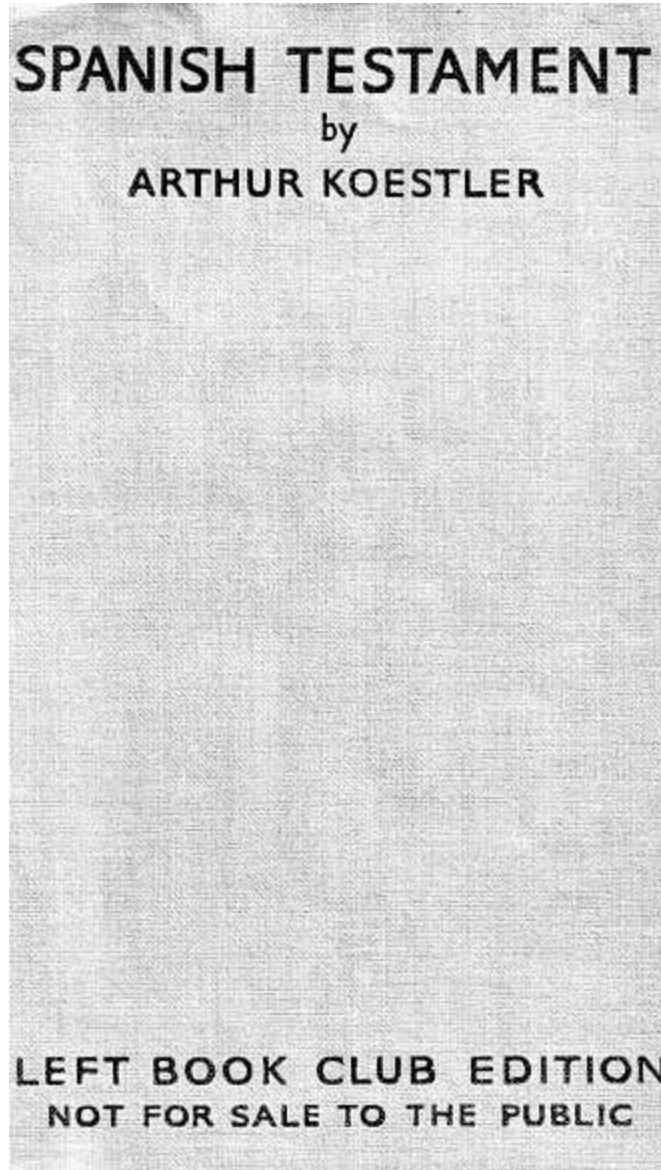
Bestia negra del comunismo desde que denunció las depuraciones de Stalin en su novela *Darkness at Noon* (1940, «Oscuridad al mediodía»), Koestler siempre ha sido el arquetipo del intelectual disidente enfrentado al totalitarismo comunista. Y es que hacía falta ser muy valeroso para exhibir las vergüenzas del socialismo, arriesgándose a terminar convertido en un apestado intelectual. Koestler bebió de aquel cálix creando un personaje memorable—Rubashov—, trasunto y síntesis de Zinóviev, Kameney, Mrajovski, Bujarin, Piatakov y de todos esos líderes bolcheviques obligados por Stalin a declararse «fascistas pérfidos y trotskistas degenerados», para poder justificar sus condenas a muerte sin perjudicar a la dictadura del proletariado.

Húngaro de nacimiento y británico de adopción, periodista políglota, matemático, biólogo y escritor, Arthur Koestler fue militante comunista de 1931 a 1938. Como tal, apoyó la causa de la II República cuando se produjo el levantamiento militar y se infiltró en los círculos franquistas recurriendo al viejo truco de hacerse pasar por un corresponsal inglés prendado de la estatura de estadista del Caudillo. Así, en el transcurso de una cena en el Hotel Aviz de Lisboa, el joven Koestler engatusó a Gil Ro-

bles y al hermanísimo Nicolás Franco, quienes le dieron un salvoconducto para entrevistar al general Queipo de Llano. Una vez en Sevilla, Koestler descubrió que —en realidad— Queipo tenía muy poco de llano: «Don't talk to me about Gil Robles,» interrupted His Excellency ill-humouredly. «When we are victorious, Spain will be governed by a military cabinet; we shall sweep away all the parties and their representatives. None of these gentlemen will be members of the Government». «Not even Señor Gil Robles?», quiso saber Koestler. «I can assure you that Señor Gil Robles will not be a member of the new Government», zanjó el general, cuando la guerra civil apenas comenzaba.

Sin embargo, la carta de recomendación de Koestler atenuó las precauciones de Queipo de Llano, quien admitió las buenas relaciones de los sublevados con Hitler y reconoció la ayuda militar de la Alemania nazi, comprobada *in situ* por Koestler: «Hitler was denying having despatched aircraft to Spain, and Franco was denying received them, while there before my very eyes fat, blond German pilots, living proof to the contrary, were consuming vast quantities of Spanish fish, and, monocles clamped into their eyes, reading the *Völkischer Beobachter*. There were four of these gentlemen in the Hotel Cristina in Seville at about lunch time on August 28th, 1936. The Cristina is the hotel of which the porter had told me that it was full of German officers and that it was not advisable to go there, because every foreigner was liable to be taken for a spy». Koestler fue reconocido por uno de los alemanes y tuvo que huir a to-

Mientras la mayoría de prisioneros cantaban la «Internacional», Koestler se refugió en las matemáticas y en la lectura



Portada del testamento español de Arthur Koestler de 1937

da prisa hacia Gibraltar, desde donde reveló la conexión nazi para el *News Chronicle* de Londres. Queipo de Llano memorizó entonces el nombre del burador y cuando sus tropas tomaron Málaga, Koestler fue apresado, traído a Sevilla y condenado a muerte.

La segunda parte de *Spanish Testament*, «Dialogue with Death», describe los meses que Koestler pasó en prisión aguardando la ejecución de su sentencia, mientras una campaña internacional reunía apoyos para su liberación. ¿Qué es capaz de narrar alguien que intuye que va a morir? Las notas de Koestler constituyen el inventario de sus temores, perplejidades y —por qué no— pequeños placeres. La idea de mantener la dignidad hasta el momento final, por ejemplo, le dio fuerzas para conservar un último cigarrillo en el bolsillo de su camisa («I had been saving this one cigarette for the time when the oily

voice should call out my name. I had racked my brains to discover how to manage to preserve a decent demeanour during those last moments, and had thought that a cigarette might perhaps help»).

Las perplejidades merecen párrafo aparte. A Koestler le molestó que sus carceleros no supieran cómo eran los calcetines de jugar al golf y que anotaran que usaba medias de mujer («I always wear golf stockings, and the official asked me whether I had ever disguised myself as a woman»). También le asombró que la gente se levantara siempre muy tarde, incluso en guerra («Spaniards sleep late even when making war»). Finalmente, Koestler reparó con estupor en el aire de familia que existía entre los presos y los carceleros: «The Civil Guards looked like Andalusian farm labourers or peasants, and the prisoners too looked like Andalusian farm labourers or peasants. There

was no hostility between the two groups. We were, rather, like a charabanc party, all the members of which were going on the same excursion for the same purpose, far away from the noise of the big city to some green spot in the countryside».

¿Cómo se las arregló Koestler para no enloquecer y conservar la fortaleza mental? Mientras la mayoría de prisioneros cantaban la «Internacional», Koestler se refugió en las matemáticas y en la lectura. Así, con un alambre garrapateó las paredes de su celda de fórmulas, teoremas y progresiones geométricas y con la memoria evocó sus lecturas esenciales: «The time problem is the main problem of existence for every prisoner ... And it is the problem not only of the prisoner, but of everyone who exists in unnatural, confined, hermetically sealed conditions; in sanatoria, in the colonies. Often, very often, I found myself thinking of the «everlasting soup» in Thomas Mann's *Magic Mountain*, and the marvellous reflections on Time indulged in by his young hero in the hermetically-sealed and isolated world of sanatorium for consumptives; he, too, a captive, held prisoner not by social, but by biological chaos».

En la cárcel, Koestler hizo dos buenos amigos. Uno de ellos era «Henri», bibliotecario de la prisión, quien le dio de leer la *Autobiografía* de Stuart Mill, *Muerte en las nubes* de Agatha Christie, *Las aventuras de David Balfour* de Stevenson y *Las cerezas del cementerio* de Gabriel Miró, todos ellos en español. El otro fue «Angelito», su compañero de celda y proveedor de tabaco, tinta y papel, a quien Antonio Burgos me ha identificado como Ángel Casal, concejal republicano del Frente Popular y mejor conocido después de la guerra por su célebre tienda de bolsos de la calle Sierpes. Todas las referencias de Koestler a «Angelito» son entrañables y cariñosas.

Después de abandonar la cárcel de Sevilla, Koestler fue prisionero de un campo de concentración francés y más tarde interno de una cárcel británica. Padeció el acoso del stalinismo y de toda la «progresía» europea. Nunca temió la muerte y —de hecho— él y su esposa Cynthia se suicidaron pulcramente en su piso londinense de Knightsbridge, antes que la vejez los devorara sin compasión. Eso sí, se suicidaron después de la muerte de su perro, un enorme terranova lanudo con quien dialogaría mansamente sobre la muerte, como en los tres infinitos meses de Sevilla 1936.

Arthur Koestler: «*Spanish testament*», Left Book Club Edition (London 1937).